Sebastián Fonseca
sebafonse@yahoo.com

Hypomnemata

I PARTE

De la utopía máxima a la utopía mínima

De la utopía máxima a la utopía mínima

Acerca de la atrofia de la experiencia

Introducción

“Es arrogante y al menos despreciativo hablarle a las víctimas como ellos hablan, como queriendo ser uno de ellos. Uno puede jugar a cualquier cosa, pero no a ser un miembro del proletariado.”, nos comenta Adorno respecto del teatro de Brecht.[1]

Con las distancias atendibles, esto nos sirve para ilustrar que la forma estética no puede ser indiferente al contenido político, al tiempo que este último se vale de la primera para expresarse. Y, de paso, declaremos que el sujeto que se expresa es un sujeto que se identifica. Las relaciones entre formas no pueden prescindir de sus inherentes contenidos, así el diálogo deja de ser tal cuando determinada estética pretende mimetizarse en otra, intentando hablar en sus códigos, dando lugar a una suerte de violencia que implica, para decirlo arriesgadamente, la anulación de la comunicación posible.

En efecto, estando uno de nosotros (pertenecientes a la clase media y/o hijos de obreros, ambos devotos de la idea de movilidad social ascendente) desorientado en alguno de esos barrios considerados oficialmente “peligrosos”, caería en una actitud intrusiva, violenta, si decide utilizar interpelativos propios del lugar, es decir ajenos al desorientado, para preguntar algo. Si los que allí conviven se llaman mutuamente la atención con el término “guacho”, sentirán irrespetuosa la actitud de aquel que intente manejar sus códigos sin la autorización que otorga la pertenencia.

---

[1] ADORNO, Theodor W.; Compromiso (traducción de Miranda Cassino), incluido en Notes to Literature, Volume II, New Cork, Columbia University Press, 1992.

Tal vez, en lo anterior haya cometido el error de confundir estética con apariencia y contenido con esencia, por lo que es necesario un humilde escrutinio de tal situación.

Suponiendo que existe una realidad objetiva, como afirma Lukácks[2], apariencia y esencia no son más que momentos de la misma cosa, es decir, de dicha realidad. Pero no son *lo mismo*, y mucho menos contrarios, sino que entre ellos media una relación, una tensión, una dinámica que podríamos llamar *la cosa en sí*.

Toda estética, se dice, intenta fijar en definiciones lo que considera bello o feo, toda estética constituye, entonces, una tabla valorativa construida por "un sujeto colectivo que le mira por encima del hombro"[3]. El campesino cría chanchos, el burgués compra cerdos.

La dinámica de la sociedad es irreductible a la figura de un todo dividido en dos sectores opuestos, es un proceso complejo, incesante, una multiplicidad de arcos voltaicos que se forman entre dos extremos. Claro, resta definir esos extremos. Provisoriamente, y en condescendencia con la sugerencia de Rinesi[4], visualizaremos un extremo como las instituciones y al otro como los acontecimientos, para indicar que la tensión, irresoluble, generada entre ambos es lo constitutivo de la política.

La estética es la apariencia de la tensión irresoluble que contiene en sí misma la política.

Es la tarjeta de presentación del sujeto, elaborada, a pesar de él mismo, a partir de las contradicciones que lo constituyen, posicionándolo en la sociedad lo define en lo político.

Y, de paso, recordando esa patada de Carri[5], digamos que es al menos sospechoso separar lo social de lo político.

La experiencia del sujeto, entonces, se articula en dos sentidos: el estético y el político.

---

[2] LUKÁCKS, Georg; Estética, Grijalbo, p. 17.
[3] ADORNO, Theodor W.; Teoría estética, Ediciones Orbis, p. 302.
[4] RINESI, Eduardo; Política y tragedia. Hamlet, entre Hobbes y Maquiavelo, Colihue, Buenos Aires, 2003, p. 22.
[5] CARRI, Roberto; Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia, Colihue, Buenos Aires, 2001.

Preludio

La cristalización de lo que concordamos en llamar Revolución Industrial, provocó la aparición del fenómeno de masificación de ese sujeto moderno sobre el que tanto reflexionó Kant, ante su simpatía por la Revolución Francesa, como posibilidad de un mundo más racional.

La corta vida de Walter Benjamin se desenvuelve en ese contexto, en los albores de un siglo XX revolucionado por la acelerada aparición de novedades. La masa es una de ellas, vista como potencial revolucionario por unos, como algo amenazador por otros, implica el surgimiento de un nuevo elemento en los relatos, a la vez que un nuevo público. Implica una nueva experiencia estética. Movimientos que modifican el paisaje urbano son observados por distintos ojos, que destilan diferentes miradas de ese “hormigueo” en las calles de las ciudades.

Una lectura vertiginosa de Benjamin, que hace homenaje a su estilo, puede proporcionar muchas pistas para intentar la comprensión de nuestros desencantos más actuales. La visión de la multitud provoca, para quienes la sentían novedad, actitudes de reacción que van desde lo moral a lo estético. Pero, para quienes atravesamos la atrofia de dicha experimentación de la multitud como novedad, resultan panfletarios aquellos discursos que intentan presentarla como sujeto histórico homogéneo, al hablar en su nombre. He aquí, uno de nuestros mayores desencantos: la atrofia de la experiencia estética que viene de la mano de la atrofia de la experiencia política.

El alba me sorprenderá

con la vista sumergida en el mar

donde van los colores a la cerrazón[6]

I

Un gesto brusco

Leyendo a Benjamin[7], buscar una descripción de la mirada acerca de la multitud en Baudelaire es una empresa condenada de antemano al fracaso. En él están ausentes esos detalles, que percibiría una contemplación de turista respecto de la multitud, porque Baudelaire está inmerso en ella.

Podemos percibir una mirada de extrañamiento en Poe, quien mira la multitud desde un café londinense de una forma desconcertante al presentarla con características de miserabilidad y confusión, por lo que cabe aclarar que, el autor de El hombre de la multitud, está observando a los hombres de negocios londinenses.

La mirada de Barbier es un intento de abstraer de esa masa a los oprimidos, en sintonía con las ideas de lectura de la realidad plasmada en el arte del realismo socialista, al que escapa Poe con su estilo que incita a una experiencia estética cercana a la repugnancia.

La mirada más atractiva de las presentadas por Benjamin es, a mi juicio, la de Valery:

"La sensación de estar necesariamente en relación con los otros, antes estimulada de

---

[6]Pescado Rabioso; Poseído del alba, del álbum Pescado 2.

[7] Benjamin, Walter; Sobre algunos temas en Baudelaire, en Ensayos escogidos, Ediciones Coyoacán, México, 1999.

forma continua por la necesidad, se embota poco a poco por el funcionamiento sin roces del mecanismo social. Cada perfeccionamiento de este mecanismo vuelve inútiles determinados actos, determinadas formas de un sentir."[8]

El confort aísla, y determinados actos que significaban una serie compleja de operaciones son sustituidos por gestos frenéticos.

Esto no sólo ocurre en el terreno de las innovaciones técnicas, sino también en el terreno de la experiencia, la cual articula y llena el tiempo y el espacio[9].

Hay dos maneras de encender un sahumerio.

Una consiste en tomar un encendedor y sumergir el extremo del sahumerio en la llama, en un gesto que no niega ser brusco.

La otra manera, más atenta y no por eso menos efectiva, consiste en acercar la llama sin tocar el sahumerio, dejando que su extremo se encienda por la inevitable concentración del calor ascendente, apagando el encendedor en el momento mismo en que la punta del sahumerio se contagia del fuego, podemos observar cómo la llama va reduciéndose progresivamente, hasta flotar separada de su origen, para luego disolverse en el aire dando paso al nacimiento del humo, señal de que ha comenzado la combustión y con ella la fragancia. Así, experimentando la belleza contenida en los actos más cotidianos como encender un sahumerio, vivimos ese acto como experiencia estética.

Pero, la tendencia de la modernidad es anular esa posibilidad de experimentación estética desplazándola tras un gesto brusco.

---

[8] Benjamin, Walter; op. cit. p. 24.

[9] El espacio en blanco, dejado en la oración, tiene el humilde propósito de sugerir al lector que la experiencia no puede nutrirse del vacío, ya que éste último es siempre un sinsentido.

Estas son luces que nacen y mueren

Ya no quedan más amigos de lo eterno[10]

II

La persuasión

La representación reproductiva es una síntesis de un aquí y un ahora, posible gracias a la imaginación en flujo constante que media el pasaje de la sensibilidad al entendimiento. La interrupción del flujo de la imaginación, es decir el concepto, es un acto de conocimiento que permite la experiencia en el sujeto. El concepto, entonces, opera como unidad de medida de la experiencia

Esto, según nos sugiere Benjamin, es progresivamente anulado en la sustitución del antiguo relato por la información, y de ésta por la sensación, restringiendo la posibilidad de apropiación de dichos mensajes, al campo de su experiencia, por parte del sujeto. Esto es lo que decide llamar atrofia progresiva de la experiencia, ya que la información pretende comunicar el puro en sí de lo ocurrido, sin dejar huellas del emisor, sin permitirnos ver los rastros de las manos que moldearon la figura de arcilla.

En efecto, en la sensación de imposibilidad de apropiación plena, por parte del sujeto, de lo objetivado culturalmente, se presenta una cultura que parece haber adquirido autonomía con respecto al sujeto, que se ha objetivado en una existencia propia, independiente.

[10] Pescado Rabioso, op. cit.

Esto nos remite a pensar a la cultura como la función dominante en las relaciones de producción, a la que el yo resiste produciendo las defensas necesarias a los estímulos amenazantes.

Dice Freud, “Para el organismo viviente la defensa contra los estímulos es una tarea casi más importante que la recepción de éstos; el organismo se halla dotado de una cantidad propia de energía y debe tender sobre todo a proteger las formas particulares de energía que la constituyen respecto al influjo nivelador, y por lo tanto destructivo, de las energías demasiado grandes que obran en el exterior.”[11]

El exceso de estimulación operativa, a la que nos someten los sistemas actuales, nos empuja hacia un sitio en el que ya no estamos en condiciones de acción, sino de reacción, de respuesta operativa, refleja y automática. La anulación del tiempo en las relaciones de intercambio en la comunicación, entre un mensaje y su respuesta, implican la muerte de la comunicación en sí misma. No hay procesamiento de la información posible en la inmediatez, por lo que los mensajes tienden a seguir una lógica de persuasión de renunciamiento a la acción que implica la elaboración de la respuesta.

[11] Benjamin, Walter; op. cit. p. 12.

El cielo con violencia se da

Puede chuparte la energía total

Y si el cielo te busca no tenés que estar[12]

III

Despersonalización

Hipertrofia de la cultura objetiva que se traduce en atrofia de la cultura subjetiva, individual, donde cualquier residuo aparece como obra de arte, con la consecuencia de que cualquier obra de arte aparece como residuo.

Este problema no es novedoso, fue la herida que intentó suturar el Cristianismo con su ofrecimiento de un más allá sin sufrimientos ni diferencias, fin absoluto para servir de paño frío para las fiebres de una Humanidad más amplia y confusa.

Un grupo, al crecer en número, espacio y tiempo, ve relajada y difuminada su unidad interna, su principio movilizador, su tácito consenso, al tiempo que los individuos son, cada vez más, individualidades, fragmentos de esa unidad primigenia. El individuo gana más libertad de movimientos al tiempo que pierde la pisada firme que otorga la pertenencia a un grupo delimitado. La seguridad que brinda la mirada de aprobación, o de reproche, de esa identidad homogeneizante del grupo reducido, o de la pequeña ciudad, deja necesariamente de ser condicionante del actuar ante la complejización del tiempo y el espacio. Así, el sentimiento como forma de sociabilidad de la comunidad[13], o el grupo reducido, es reemplazado, como reacción al torbellino de estímulos propios de la gran

[12] Ibidem.

[13] Simmel, G; Cuestiones fundamentales de sociología, Gedisa, Barcelona, 2002, p. 82.

ciudad, por el entendimiento como forma de socialización necesaria en los círculos que giran en torno al dinero y al poder como principios organizadores de la interacción. En las grandes ciudades, las personas no se relacionan, sino que se asocian, lo cual significa también que "se asocian para…".

La antipatía es una de las necesarias formas de socialización en las grandes ciudades. Esta despersonalización de las interacciones, es la manifestación de la falta de tiempo, concebido también como mercancía, para establecer vínculos afectivos con todas las personas que vemos a diario. Esto obedece a una cuestión vital, de supervivencia de la subjetividad en el seno de la diversidad de información que desborda al tiempo objetivado en los relojes de la sociedad moderna.

Tres mil seiscientas veces por hora, el Segundo
susurra: ¡Recuerda!- Rápido con su voz
de insecto, Ahora dice: Yo soy el Antes,
y he chupado tu vida con mi inmunda trompa![14]

Esta sensación es bien descripta por Benjamin, "El cálculo del tiempo que superpone su uniformidad a la durée, no logra sin embargo evitar dejar en ella fragmentos desiguales y privilegiados. Ha sido mérito de los calendarios haber unido el reconocimiento de la calidad a la medición de la cantidad, en cuanto dejan en blanco, por así decirlo, en los días de fiesta, los espacios del recuerdo. El hombre que pierde la capacidad de tener experiencias se siente excluido del calendario. El ciudadano conoce esta sensación los días domingo."[15]

Soy un ángel de hambres muy bien reales

[14] Baudelaire, Charles; Las flores del mal, Edicomunicación, Barcelona, 1998, p. 111.
[15] Benjamin, Walter; op. cit. p. 33.

Soy tan frágil que tengo, como vos, que transformarme[16]

IV

Sobrevivir la dispersión

Esta atrofia progresiva de la experiencia estética, tiene su paralelo en las posibilidades de la experiencia política.

La multitud, bombardeada como homogeneidad indiferenciada por la masividad de las comunicaciones, ha dado paso a una fragmentación en individualidades que, buscando refugio a ese asedio, dificultan las posibilidades de representación política. Así, los mensajes con que ésta interpela a la población se tornan de una extrema ambigüedad discursiva. Lo político pierde capacidad de ejercicio, hablando a todos se dirige a ninguno.

"Si se definen las representaciones radicadas en la mémoire involontaire, que tienden a agruparse en torno a un objeto sensible, como el aura de ese objeto, el aura que rodea a un objeto sensible corresponde exactamente a la experiencia que se deposita como ejercicio de un objeto de uso."[17]

Y, Benjamin, ve que la Historia de la modernidad no es más que las consecutivas pérdidas de dichas auras, convirtiéndose así en conquistas de una sociedad en la que el ejercicio se atrofia. El caso de la fotografía, como técnica de reproducción, evidencia que la disponibilidad del recuerdo voluntario, reduce el ámbito de la fantasía. Y aquí, vale una aclaración, Benjamin entiende la historia no como progreso, sino como catástrofe.

[16] Ibidem.
[17] Benjamin, Walter; op. cit. p. 34.

Y, otra vez, Valery:

“Reconocemos la obra de arte por el hecho de que ninguna idea que suscita en nosotros, ningún acto que nos sugiera puede agotarla o darle un fin.”[18] Por esto, Benjamin nos indica que la fotografía viene a saciar esa sed de la mirada que no puede saciarse en la contemplación de un cuadro.

Entonces, la crisis de la representación artística que así se presenta, puede ser considerada como parte de una crisis de la percepción misma.

La fotografía, para él, cumple una función decisiva en la “decadencia del aura”. Y presentando a Baudelaire como la pérdida del aura en la poesía, nos comenta que ése es el precio que ha de pagar aquel que atraviesa la experiencia del shock para conquistar la sensación de la modernidad.

Esta modernidad creciente, rotativa, vertiginosa, produce una sensación de novedad fugaz y una negación a la contemplación, un rechazo a la posibilidad de vinculación emocional con algo que no nos pertenece, no nos identifica, y que en un corto tiempo habrá cambiado su exterioridad, enviando así otra variedad de estímulos inmediatos a una percepción que también se verá modificada.

Los procesos se desarrollan ahora sin nosotros y la utopía máxima de cambiar el mundo, ha cedido su lugar de privilegio a la utopía mínima de sobrevivir.

[18] Benjamin, Walter; op. cit. p. 35.

II PARTE

Inflexiones

Entrada

Inflexiones es un término polifónico, un prisma de nuestra lengua. No equivale a rigidez, como podría suponer el desprevenido.

Inflexiones supone tonos, acentos, pronunciaciones, manifestaciones, modulaciones, articulaciones, desviaciones. Es decir, es una palabra torrencial en posibilidades.

Es probar tonos de pensamiento, tal como hace el músico, con los sonidos, en el momento que media entre la afinación de su instrumento y el ensayo.

Es acentuar determinadas líneas para tensionar otras.

Es pronunciar nombres sin intención de interpelar y sin ánimo de evitarlo.

Es manifestar inquietudes a modo de exorcismo.

Es modulación de sensaciones e impresiones.

Es articulación de lo que puede ser descartado por espontáneo.

Es desviación hacia otras tormentas, hacia lo no estatuido.

En suma, son ejercicios prerreflexivos que buscan estrellarse contra los adoquines de las murallas de sentido, a las que quizá logren resquebrajar en su persistencia, enraizándose luego en sus fisuras para separar sus átomos y, finalmente, despedazarlas.

I

La Nada es anterior a la negación.
La Nada nadea hasta que, asediada por el hastío, dice: No.
A partir de entonces, Todo es posible y Nada imposible.

Gestación

En un bar de Buenos Aires, Juan termina su café. Sintiendo una suerte de indigestión mental, considera que sería irresponsable de su parte desatender esa demanda de sí mismo. Se queda un rato pensando Unos treinta minutos, tal vez.

Imágenes desordenadas relampaguean en su cabeza y logra atrapar algunas pocas en palabras. Se queda con dos, desapariciones y desempleo. Entonces, obedeciendo a sus intuiciones, como ya es costumbre en él, garabatea unas notas en su cuaderno.

“De las desapariciones al desempleo puede pensarse una lógica de continuidad. La continuidad de lo traumático en los sujetos. El trauma no es un evento, sino un accidente, si la neurosis traumática es un mecanismo de defensa, entonces el trauma es un modo en que el Yo procesa el hecho, con lo que en el trauma el agresor se introyecta en el Yo...”

Juan duda un segundo, lee lo escrito “bue!, como sea, suena bien, hay que trabajarlo más”, se dice sonriendo. Anota “Ver los apuntes de Freud” y continúa.

“Continuidad de lo traumático. Desarraigos del Yo que van superponiéndose, dificultando cada vez más que el sujeto desarrolle el proceso de duelo, retrayéndo la líbido sobre el Yo al no contar ésta con el objeto que antes recubría, la persona cae en la melancolía.

¿Puede pensarse en una melancolía social?

Leer: Bourdieu, Alaugnier, Ferenczi, Freud, Lacan, Masotta, Benjamin, Camus.

Terror: Violencia subjetiva constante = desestabilización excesiva = sentimiento de culpa. El homo sassers griego (el que no importa), acción de la biopolítica, campos de concentración, tortura psicológica, marginación, dialéctica de la culpa, fragilidad de la realidad, el distanciamiento del otro, es la aproximación hacia el Otro. Identificación total con el Otro = Psicosis. Desatender al Otro, minimizar al Dios a través de acercarme al otro. ¿En qué me constituyo si intento matar al Otro?"

Satisfecho por contar ahora con estas líneas generales, y con la sensación de haber tornado en efervescencia su indigesta mental, sale del bar para volver a la pensión, celando su cuaderno, ojeándolo de vez en cuando. Al llegar cenará algo sencillo, revisará sus notas una vez más y su día franco habrá terminado.

Juan, en el colectivo hacia su trabajo de cafetero en un bar, va leyendo o tomando notas en una libreta pequeña, resoplando si el colectivo está lleno al subir, o si se mueve mucho al andar, en cada semáforo aprovecha para avanzar algún renglón. Se considera a sí mismo no como estudiante de Sociología, sino como una persona en formación. Muchas veces siente estar sólo y ser el único que tiene estas inquietudes. Pero se sobrepone pronto, imaginando que en ese mismo instante, muchos Juanes y Juanas hacen lo mismo, cada cual en su lugar y con lo suyo, sin conocerse entre sí, por ahora.

II

Qué es mejor?

Estar en el lugar donde no hay que estar pero donde hay algo para ver?
O, estar donde hay que estar pero donde no hay nada para ver?

El acto.

El público delata su ansiedad con murmullos y ruidos de envoltorios de golosinas. El acto central está por comenzar. Se enciende un reflector que proyecta sobre el escenario un círculo de luz. Dentro de éste, con solemnidad, el presentador se presenta.

“Preocupado por mi mundo, me he dedicado a prestar atención a algunos de sus costados más inquietantes. De uno de ellos, les traigo una muestra representativa, para que se asomen a la realidad”. Otra luz se enciende, un telón cae y descubre una jaula, dentro de ella, alguien está sentado. El presentador lo señala con el índice.

“Vean a este individuo, algunas lógicas lo atraviesan condicionando sus actos, pero lo principal que lo guía es la supervivencia. Pueden arrojarle una manzana y verán cómo salta sobre ella. Sus conductas son predecibles, todo en él es cuantificable y medible, extrañas fuerzas lo tienen prisionero, no puede salir de ese estado, se resigna, se lamenta. Sólo podemos observarlo, ¡no lo toquen!, ¡no le hablen!. No los entendería, su universo es reductible a una mera búsqueda de alimento y a su primario instinto de supervivencia de la especie, el cual lo impulsa a reproducirse geométricamente. Como ser que se siente en peligro, se torna peligroso. Observémosle, más de cerca, siempre sin tocarlo, ¡miren lo escuálido de su cuerpo! Ha estado así por años. ¿Cómo podría pensar sin los nutrientes necesarios para ello? Qué legará a su prole?

Él, es todo lo que por fortuna nosotros no somos. Ténganlo presente. Y esto lo sabemos gracias a los estudios que existen sobre ello. La pobreza es un fenómeno de nuestras sociedades, desde siempre, se produce y reproduce a sí misma".

Los aplausos ensordecen, al tiempo que las lágrimas humedecen los rostros.

Así, la esclavitud se exhibe como condición más humana que el exterminio.

III

Sabemos bien que lo que se dispersa se extingue.

Sabemos mejor que aislarse y privarse son sinónimos.

Entonces, ¿cómo disfrutaríamos de resignarnos a ello?.

Lo evidente

En algún punto de nuestra historia como sociedad, ya sin tierras, cultivos y animales, llegó el momento en que se buscó algún insumo que existiera en abundancia. Importamos entonces nuestra miseria. La miseria se constituye en materia prima cuya presentación para el consumo sopla brasas al corazón del confort, creando recipientes donde embotellar al conformismo. El déficit y la infelicidad, al igual que la deuda externa, se venden en el mercado especulativo. En el que intelectuales inertes intercambian su miseria con los miserables. En su profilaxis social, corren a buscar pedazos de realidad allí donde ésta sangra. Mientras las trazas de la gran contextualidad surcan los aires sobre sus cabezas, como misiles.

El efecto es, en general, más perceptible que sus causas, y por eso mismo su impacto es inmediato. Las causas verdaderas requieren cierto nivel de abstracción que trascienden las posibilidades de los “instrumentos de medición”. Estos últimos son útiles al momento de detectar saltos cuantitativos, que siempre están precedidos por procesos de transformaciones cualitativas. Al intentar dar cuenta de éstas últimas se construye teoría, al intentar luego utilizarla para sugerir lo que pasará se pronostica, pero la falla del pronóstico no implica la nulidad de la teoría, ya que su objeto no es profetizar, sino comprender y explicar.

Supongamos que un científico extraterrestre nos hace una visita y nos deja un oráculo de compleja tecnología, con una alta capacidad de predicción acerca de cualquier

experimento posible. Podríamos introducirle ejemplos, pero no obtendríamos explicaciones del por qué. El oráculo reemplazaría a la experimentación, pero no a la teorización. De esta manera es comprensible que la teoría no vale por su capacidad de predicción, sino por su capacidad explicativa.

Las explicaciones profundas lo serán tanto más, cuanto más se separen las entidades, a las que debe referirse, de la experiencia inmediata, sin por eso perderla de vista.

Cuando las descripciones en detalle de los efectos encadilan, las características de las causas ensombrecen. El hambriento no es el hambre, como tampoco es ésta una causa, sino resultado de otros apetitos. Sólo puede comprenderse aquello que puede ser explicado, lo evidente nada dice por sí mismo.

IV

La Energía es sólo vida y es del Cuerpo

Y la Razón es el límite o la circunferencia exterior de la Energía

William Blake

Espectros danzan en torno a mí

La tragedia comienza cuando Edipo sabe. Cuando Sísifo baja lentamente la montaña. Cuando Cruz comprende su destino de lobo. Cuando Hamlet hace su juramento. Cuando Ulises llora.

Trágico es el momento en que lo real, en cada uno, se hace conciente. En el caso de quien escribe, el mismo acto centelleante de escritura se vuelve trágico. Porque no hay, como se sabe, posibilidades de que el relámpago trascienda a rayo. Y varios relámpagos producen desconcierto, confundiéndose, solapándose entre sí. La fuerza motora es, en este caso, la esperanza de lo contrario, lo cual lo hace aún más trágico. Escribir desde los relámpagos con el anhelo de iluminar esa convulsión del pensamiento que es el acto de escribir. Escribir desde los relámpagos, intentando sugerir al que lea los rayos que los provocan, es una empresa parcial y ambiciosa.

Parcial, porque si miramos sólo el relámpago desoímos al trueno, desatendiendo que ambos son propiedades del rayo. El rayo es pensamiento que, en el momento mismo en que es tomado por otro, se vuelve idea.

Ambiciosa, porque no busca lograr una perezosa exposición de lo leído, inspirada en un pensamiento satisfecho, sino estimular partículas que busquen en otras su positividad, o negatividad, y contribuyan a un fulgoroso posible contacto entre nuestros cielos y tierras.

Las ideas no son pensamientos y la exposición no significa comprensión. Cuidar que la nostalgia no se torne melancolía, sino en duelo que metamorfosee en política.

Lo trágico comienza cuando el hombre se sabe político y va en busca del tiempo que considera perdido. Cuando la voluntad se ocupa de sostener a la conciencia de que todo es posible a partir del momento en que se hace pensable.

Tales son los murmullos de los espectros que danzan en torno a mí.